

DOMINGO II DE CUARESMA (CICLO A)

Jesús toma a Pedro, Santiago y Juan, los mismos que luego veremos en Getsemaní, y los lleva al monte. El monte es el lugar de la revelación de Dios, donde Dios se comunica, se da a conocer, donde Dios se hace cercano. Los lleva allí para que adquieran una mirada diferente, la mirada que tiene Dios sobre las cosas, sobre la historia, sobre los acontecimientos, sobre las personas.

Moisés y Elías son dos personajes que también habían subido al monte, habían vivido una intimidad con Dios. Uno representa la Ley que confluye en Cristo donde será cumplida; el otro, la profecía que Cristo consumará en la historia.

Transfiguración según el significado etimológico estricto, significa ver más allá de las figuras, de las formas, ver más allá, una mirada que penetra, que ve a través de la apariencia algo que es más profundo. No se trata de un significado alegórico, sino de ver la realidad más profunda que la figura manifiesta. Algunos han reducido el significado a un cambio de forma exterior, pero es mucho más que esto.

Con su transfiguración, Cristo quiere decir a los apóstoles, que, cuando asistan a su Pasión, miren más allá. Precisamente, cuando vean su carne martirizada, afligida, abandonada, burlada, que vean justo allí que Él hace esto por amor al Padre, que detrás está el rostro y el amor del Padre. Que aunque parezca que está fracasando, vean que lo que realmente está pasando es que está triunfando, que se está entregando, que el amor es más fuerte que el odio, que el perdón de Dios es más fuerte que la ofensa y que el pecado.

Cada uno de nosotros sabe muy bien dónde están en mi interior las cosas opacas, dónde está mi pecado que me hace ciego, egoísta, soberbio, sensual. Dónde está la pasión que me quiere crucificar.

Hoy la fiesta de la transfiguración en el camino cuaresmal nos ayuda precisamente a ver más allá de las apariencias. Que por la misericordia de Dios, cuando las circunstancias nos parecen sucias de polvo, de heridas, de sangre, de sufrimiento, se vislumbra una luz que no viene de este mundo, sino que es don de Dios, y que me da la verdadera esperanza.

Por eso la Santa Misa es para nosotros tan importante. Hemos recibido un don, un regalo de Dios que nos hace ver con certeza algo que los demás, solo con mirada humana, no saben ver. Por eso no nos debe extrañar que no nos entiendan.

En el pan vemos que lo que realmente hay es su cuerpo entregado por nosotros. En el vino, vemos la sangre derramada por los hombres para el perdón de los pecados.

Los médicos recomiendan que hagamos ejercicio, por el bien de la salud del cuerpo y del alma, para tener más agilidad para que el cuerpo responda en las circunstancias cotidianas de la vida, para estar más tonificado, tener más seguridad, ser más valientes, y así estar más contentos, optimistas y positivos en la vida. La Santa Misa es para nosotros también verdaderamente un ejercicio que necesitamos hacer para la salud del alma.

En la Santa Misa ejercitamos la fe, porque mirando el pan, sabemos que Jesús está verdaderamente presente, le damos gracias y lo adoramos.

En la Santa Misa ejercitamos la esperanza, porque nos damos cuenta de que está físicamente con nosotros ahora y aquí, tal y como prometió, cada día, hasta el fin del mundo.

En la Santa Misa ejercitamos la caridad, porque, al comulgarle, nos alimenta, nos comunica la fuerza de su mismo amor, que es divino, para poder amar como Él.

Pidamos a la Virgen Santísima esa mirada profunda que tiene ella.